



30 de septiembre de 1881

El trabajo y el sufrimiento son los dos elementos de la vida de la Iglesia en la tierra.

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Ya hemos hablado más de una vez de la santa Iglesia de Dios; sin embargo, en el momento en que nos vamos a separar, en que muchas de vosotras vais a ir por caminos diferentes, no hay nada mejor que recordar el amor a la Iglesia. Es uno de los motivos de gran consuelo en los sacrificios que presenta el trabajo que tenemos que hacer.

La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo. El amor que sentimos por nuestro Señor Jesucristo, debemos sentirlo por la Santa Iglesia. *Jesucristo no tiene nada más querido en la tierra que la libertad de su Iglesia*, dice san Anselmo. Él ha establecido entre él y la Iglesia una unidad perfecta. *Cada vez que lo habéis hecho a uno de estos pequeños que son mis hermanos, a mí me lo habéis hecho*¹. Como Dios encarnado, él es el jefe, él es la cabeza, y sus miembros se van formando poco a poco a lo largo de los siglos.

¿Cómo se forma la Iglesia? Por el trabajo de los hombres. Es necesario que los hombres, que los sacerdotes, se dediquen a dar a conocer a nuestro Señor, a difundir su doctrina, a administrar los sacramentos. Pero la preparación de los miembros de la Iglesia no es solo tarea de los sacerdotes. Todos los laicos, todas las personas que llevan una vida apostólica, preparan o conservan la vida de Jesucristo en las almas y contribuyen así a formar ese cuerpo místico tan querido por Jesucristo. Ese es nuestro consuelo.

Si prestáis atención, veréis que todos los que han pertenecido a Jesucristo con un gran amor, han trabajado mucho. Los apóstoles, por ejemplo, de los que hablábamos el otro día, ¡qué trabajos tan terribles han realizado! San Pablo dice de sí mismo que *ha trabajado día y noche*² para dar a conocer a Jesucristo. El trabajo, y el trabajo de personas que aman a Jesucristo, que están llenas de su espíritu, es el primer elemento por el que se forma la Iglesia.

Supongamos por un momento que ya no hay nadie que trabaje para conservar la pureza y la fe en las almas de los niños, que ya no hay nadie que traiga de vuelta a los pecadores, ¿dónde estarían los miembros de Jesucristo? ¿Dónde estaría la Iglesia, que no solo se compone de la Iglesia que enseña, sino también de la Iglesia que es enseñada? Por lo tanto, decid para vosotras mismas: «Yo también trabajo», y considerad el trabajo como una de las cosas más importantes de vuestra vida.

He visto a personas negligentes en lo que respecta al trabajo sufrir duramente las consecuencias. A menudo tienen tristezas, abandonos, malestares que son consecuencia

¹ Mt 25, 40.

² 1 Te 2, 9

de no haber trabajado lo suficiente cuando podían. No hay que creer que un trabajo es más necesario que otro: lo que se necesita es generosidad en el trabajo.

He visto a muchas almas, como la hermana Marie-Clémence, por ejemplo, y otras que vosotras habéis conocido, llegar a la hora de la muerte con gran satisfacción, porque habían realizado con total generosidad todas las tareas que se les habían presentado. Una de las condiciones para estar contento con la vida es pasarla trabajando.

Pues bien, la labor a la que estáis llamadas es servir a Jesucristo en las almas, darlo a conocer, conservar la pureza y la fe en el alma de las niñas. San Juan Crisóstomo dice en una de las homilias que leemos en el Oficio: *Se habla del talento de quienes saben tallar el mármol, de quienes saben disponer los colores sobre un lienzo; pero ¿qué talento se acerca al de quien moldea las almas de las niñas a imagen de Jesucristo?*³ Todas, de alguna manera, tenemos en nuestras manos esta imagen de Jesucristo, ya sea por el trabajo de la enseñanza, de la vigilancia, por el trabajo material que establece el orden y mediante el cual se puede edificar. Acudamos, pues, con valentía y generosidad a una labor que la Iglesia de Dios declara tan grande y que es la nuestra.

Es posible que allí donde vayamos seamos objeto de persecución. Iba a decir precisamente que la segunda cosa que forma la Iglesia de Jesucristo es la persecución. En los hermosos himnos que pronto recitaremos para la Dedicación de las iglesias, se dice que todos los fieles están llamados a entrar en la estructura de la Jerusalén celestial, resplandeciente de oro y piedras preciosas, *hermosa como la Esposa adornada para su esposo*⁴, siempre que se dejen golpear por el martillo, pulir y cincelar con la ayuda de las persecuciones y los sufrimientos de este mundo. Por eso la persecución siempre está presente en algún lugar de este mundo.

La santa Iglesia de Dios se extiende por todo el universo y no sé si, desde que existe, ha dejado de ser perseguida ni un solo momento. No me refiero a los primeros siglos, en los que se estableció entre el sufrimiento y la sangre de millones de mártires. Pero, incluso desde el momento en que un César se hizo cristiano, en que se izó la cruz, en todas partes y siempre encontraréis mártires. Afligirse, creer que todo está perdido porque ha llegado la hora de la visita para nosotros, sería una infantilidad.

Si la persecución llega hasta nosotras, hará su obra, convertirá nuestras almas en piedras vivas, moldeadas y adornadas, que pueden entrar en la estructura de la Jerusalén celestial. Ya sea por los dolores interiores y las desolaciones, o por las persecuciones exteriores que provienen de la maldad de los hombres, la vida de la Iglesia debe formarse en nosotras a través del sufrimiento. Se cree que si la persecución azota Francia, se calmará en Prusia. Acaba de terminar en Rusia, donde ha sido tan violenta. Después de nosotros, podrá pasar a España, a Italia y, más tarde, a Inglaterra, donde durante tres siglos ha causado tantas víctimas.

Formemos, pues, en nosotras corazones valientes. Dondequiera que vayamos, digamos: «Voy por amor a Jesucristo, para trabajar, tal vez para ser perseguida. Pero si soy perseguida, si sufro, no será lo mínimo que haré por él.» El día de vuestra profesión, vinisteis a pedir a la Santa Iglesia el honor y el rango de esposas de Jesucristo: *Pido la bendición de nuestra Madre la Santa Iglesia para hacer la profesión religiosa en esta Congregación de la Asunción de Nuestra Señora, y consagrarme al servicio de nuestro Señor Jesucristo, en pobreza, castidad y obediencia.* Se lo pedís a la Iglesia, y es la Iglesia quien os lo concede; y si os ha dado el honor y el rango de esposas de Jesucristo, también quiere daros sentimientos elevados, generosos y fieles.

Nada es más brillante que los santos en el cuerpo místico de Jesucristo. ¿Qué hay más bello que Jesucristo viviendo en los apóstoles, en los mártires, en san Lorenzo, santa

³ *Juvenum animos fingere*

⁴ Ap 21, 2.

Cecilia, santa Inés, por ejemplo, o en los santos más modernos, san Benito y sus cuarenta mil discípulos, san Francisco de Asís, santo Domingo? ¿No es una gran gloria para Jesucristo y para la Iglesia que la vida de los santos presente la vida de Jesucristo, que haga a sus miembros absolutamente hermosos, absolutamente puros, absolutamente fervorosos, tal y como deben ser bajo un jefe coronado de espinas?

Nosotras, las religiosas, debemos aspirar a un lugar de honor en el cuerpo místico de Jesucristo. ¿En qué medida nuestro Señor os convertirá en santas? Lo sabéis, hermanas mías, en la medida de vuestra buena voluntad. En cuanto a él, no le falta nada: ni la gracia, ni la misericordia, ni la luz, ni la ayuda, ni las exhortaciones, ni siquiera la persecución. Si no le falta nada, ¿por qué no ibais a ser miembros absolutamente conformes a vuestra cabeza sagrada, que es Jesucristo? ¿Por qué no iba a vivir Jesucristo en vosotras como vivía en sus santos?

Un hombre santo, después de meditar sobre la vida de Jesucristo, escribió un libro sobre Jesucristo viviendo en el cristiano. También hay que poder encontrar a Jesucristo viviendo en las religiosas de la Asunción. Para que viva en vosotras, es necesario que viva en vuestro corazón, que todos los afectos de vuestro corazón estén impregnados de Jesucristo. Debe vivir en vuestro espíritu, todos los pensamientos de vuestro espíritu deben referirse a él. Debe vivir en todas vuestras acciones, todas vuestras acciones deben ser hechas para él. Del mismo modo, debe vivir en vuestra memoria, en vuestra inteligencia, en vuestra imaginación y en todas las facultades de vuestra alma. Entonces se reproducirá en vosotros. Seréis otros Jesucristo.

Eso es lo que hay que proponerse: dar a Jesús esposas devotas, a la Iglesia piedras completamente puras, completamente santas, todas dispuestas a dejarse tallar como Jesucristo quiera. Con estos pensamientos, iremos de buen grado a dondequiera que se nos envíe. Si hay que ser tallados, nos dejaremos tallar. Si hay que trabajar, se trabaja. Si hay que sufrir, se sufre. Sabemos que todo ello será para honor y gloria de esta Iglesia de la que formamos parte y por la que nosotras, religiosas de la Asunción, debemos sentir un afecto muy especial, y diría que muy apostólico.